

La batalla por Harvard o cómo la Economía se convirtió en la Economía.¹

Giorgos Kallis

ICTA, Universitat Autònoma de Barcelona

La crisis económica ha llevado supuestamente a un proceso de introspección en la profesión económica. Pero a varios años de la crisis, los economistas responden ofreciendo más de lo mismo. "Crear nuevas burbujas". "Recortar la burocracia". "Liberalizar las finanzas en el conjunto del mundo". ¿Por qué los economistas se siguen equivocando tanto?

La innovación se nutre de la diversidad, pero la diversidad es escasa en Economía. Un episodio poco conocido en la historia de la disciplina, recordado por Tiago Mata en un su tesis doctoral presentada en la London School of Economics,² revela cómo se mató la diversidad en Economía. En 1968, un grupo de jóvenes economistas radicales, producto de los disturbios políticos en los campus universitarios en los años 60 y del movimiento contra la guerra, llegaron a la disciplina. Organizados en la *Union for Radical Political Economics*, clamaron por la politización de la Economía acusando a sus colegas economistas de ignorar las cuestiones importantes y de ser "instrumentales para el logro de los injustos fines de las élites". Rechazaron el "enfoque marginalista", el actual mantra de la Economía, por aceptar las instituciones básicas del capitalismo, y preocuparse solo por administrarlas para mejorarlas ... marginalmente.

La vanguardia del grupo radicaba en Harvard, donde los profesores no titulares Arthur McEwan, Samuel Bowles, Herbert Gintis y Thomas Weisskopf impartían un curso de nombre revelador "El sistema capitalista: conflicto y poder". Los profesores más veteranos de la facultad en Harvard consideraban que el curso era una desgracia. Pero eran todavía los años 60 y la Economía aún no era la Economía. En aquellos momentos el presidente de la *American Economic Association* era John Kenneth Galbraith, un economista nada convencional de Harvard y notable aliado de los jóvenes radicales. Galbraith temía que la Economía se convirtiese en un sistema de creencias y utilizó su discurso presidencial del año 1972 para apoyar a esta "nueva y notablemente articulada generación de economistas" que venía a hacer preguntas políticamente importantes. Pero no todo el mundo estuvo de acuerdo.

¹ Publicado originalmente con el título: "The battle for Harvard, or how economics became economics" en *Adbusters*, n.112, March-april 2014. Traducción: Jordi Roca Jusmet.

² Mata Tiago, "Migrations and Boundary work: Harvard, Radical economists and the Committee on Political Discrimination", *Science in Context*, 22 (1): 115-143, 2009.

En los siguientes años se desencadenó una campaña para erradicar a los jóvenes radicales de sus posiciones. Contrato tras contrato y puesto tras puesto les fueron denegados, incluyendo a los cuatro citados de la Universidad de Harvard. Entre ellos, el caso más notable fue el de Sam Bowles, uno de los economistas más brillantes de su generación como su obra posterior ha confirmado. Su candidatura a un puesto fue rechazada por diecinueve votos contra cinco en 1973. Tuvo el apoyo de los miembros más prominentes del departamento, como Galbraith y el ya premio Nobel Wassily Leontief y Kenneth Arrow (que después también sería Nobel). Albert Hirschmann fue uno de los otros dos que votaron a su favor, según lo explicó su biógrafo en una charla en su memoria a la cual hace poco asistí en Boston y que atrajo mi atención hacia todo este asunto de Harvard. Hirschmann, un economista moderado, dejó Harvard amargado en 1974 para irse a Princeton y también se fue Leontief, en este caso a New York University, en 1975, después de estar en Harvard durante treinta años, como tutor de pesos pesados de la talla de Paul Samuelson y Robert Solow. Galbraith se retiró en 1975, después de medio siglo en Harvard, y Arrow partió hacia la costa oeste. La negativa a dar un puesto a Bowles y la salida de Leontief, Galbraith, Hirschmann y Arrow puso fin a las célebres batallas en la facultad de Harvard entre moderados y conservadores, no sólo sobre los puestos de profesor sino también sobre la gobernanza de la Universidad y el papel de los estudiantes, batallas que habían llevado al departamento a un bloqueo a principios de los años 70.

Los jóvenes radicales no tuvieron la suerte de sus partidarios mayores, ya establecidos. Fueron relegados a universidades de menor prestigio, refugios radicales como la New School de Nueva York y la UMass en Amherst. La UMass ofreció a Bowles la oportunidad de crear un instituto y alojar a otros jóvenes radicales expulsados de Harvard, Yale y otros lugares, entre ellos a los marxistas Stephen Resnick y Richard Wolff.

La *American Economic Association* concluyó que no había ninguna motivación política detrás de la purga de los radicales, excepto en los casos en que se vio envuelto el FBI. Sin embargo, la justificación que frecuentemente se utilizó en muchas de las decisiones de las facultades para negar la calidad de la investigación de los radicales fue que ésta era "política" y no lo suficientemente científica. En estas batallas por las posiciones, la ciencia y la objetividad de la Economía vino a ser definida no sólo como formalismo matemático (en este terreno personas como Bowles y Gintis destacaban), sino como una formalización de un tipo particular, basada en los denominados "supuestos neoclásicos", de un mundo formado por individuos egoístas que maximizan su beneficio personal. Esta visión preanalítica de un mundo de sujetos neoliberales se consideró neutral, mientras que las desviaciones respecto a estos supuestos se consideraron motivadas ideológicamente. La neutralidad fue defendida por el *dictum* de Milton Friedman de que incluso si las suposiciones eran erróneas, lo que importaba era la verificación empírica de las proposiciones derivadas (aunque esto por supuesto no se aplicó para aquellos que adoptaban supuestos demasiado radicales). Pero a medida que los niveles más altos de la jerarquía de la disciplina y sus prestigiosas revistas fueron limpiados de radicales, las preguntas y proposiciones incómodas se quedaron sin contestar, y pocos radicales quedaban alrededor para verificar los miles de estudios con los que las propuestas neoliberales martillaban, estudios revestidos de complejas matemáticas imposibles de ser penetradas por los no iniciados. Mientras la Economía llegó a estar dominada por las ideas neoliberales (lo más a la izquierda que se encuentra hoy en las principales revistas de la disciplina está a la derecha del Partido Demócrata), los disidentes terminaron fundando escuelas heterodoxas de menor influencia, o se mudaron a otras disciplinas, tales como la Geografía.

Sin duda, algunas figuras del *ex-establishment*, como Paul Krugman o Joseph Stiglitz, hablan vivamente sobre el aumento de las desigualdades y los fracasos del capitalismo sin restricciones. Sin embargo, esto es demasiado poco y demasiado tarde. Ellos apenas investigaron tales cosas en sus activas carreras y sus libros populares pasan desapercibidos por la disciplina y los planes de estudio. Los economistas más jóvenes no están en posición de hacer similares declaraciones en sus departamentos, por lo menos no antes de que consigan también un premio Nobel.

La próxima vez que jóvenes estudiantes de Economía salgan de sus aulas en protesta por lo que se les enseña, como pasó en las aulas de Harvard y en la clase de Gregory Mankiw el año pasado, podrían recordar a sus profesores esta historia olvidada: lo que se enseña en Economía hoy no es el resultado de una noble lucha de ideas, sino del poder político y la fuerza. Si todo el mundo supiera esta historia, sería difícil sorprenderse aún y preguntarse por qué la economía es tan monolítica y tan resistente a cualquier cambio.